

Rojo.

Rojo sangre, rojo fuego; rojo como un sol ardiente, como una luna maldita.

Rojo como la traición, como la vida que se escapa, se derrama y mancilla el blanco níveo de su piel y de su túnica. Rojo como las llamas que consuman el delito; rojo como la ira, como el velo que nubla la razón.

Y negro.

El negro del dolor, del olvido, de brasas extinguidas y almas impuras. Como el grito que desgarró la noche, llevándose su ilusión, su futuro. Su vida.

Desesperación y muerte.

Traición, depravación, locura, infamia.

Magia y hechizos conjurados entre ascuas, en el rojo de la felonía y el negro del desespero.

El infierno se desata, los gritos pueblan el aire, avivan las llamas. Y, en el centro del caos, ella.

Ella rota, ella yéndose, ella muriendo a borbotones por el rojo de esa sangre bendecida por la esperanza sin esperanza, por el futuro que será y nunca debería haber sido.

Ella muriendo.

Sus rodillas se hincan en el suelo en el que se hunden sus sueños. La sangre empapa sus lágrimas, aboga el grito de agonía que rasga su garganta, anega sus esperanzas.

Ella muerta.

Y el dolor se convierte en maldición, en venganza incumplida, en penar y buscar sin fin. En rojo y negro y desesperación.

En la muerte de ella, de él, de todos.

Y, en el caos, el traidor escapa.

PARTE I

RITUALES Y OTRAS OFENSAS

1

Tres días habían pasado ya desde *Beltane* y las pesadillas no habían hecho sino empeorar.

Hacía mucho tiempo que Roi no se despertaba bañado en sudor, con un grito estrangulado en la garganta y los recuerdos inundándolo como una marea de sangre y muerte. Con el corazón latiendo acelerado en su pecho y los dedos aferrados a las sábanas revueltas.

Pero, al parecer, la tregua había terminado.

Llevaba tres malditas noches acosado por los recuerdos y tres malditos días perseguido por los malos sueños. Empezaba a odiar el momento en que lo vencía el cansancio y tenía que retirarse a su habitación, a su refugio protegido con la magia de O'Cleary para que ningún rayo de sol osara asomarse a su interior.

Irritado, y demasiado cansado para pensar con claridad, abrió la puerta de la nevera, sacó un botellín de agua y se bebió la mitad de un largo trago. El frío helador recorrió su esófago y cayó como una bomba en su estómago, pero fue incapaz de congelar los recuerdos o apagar las reminiscencias del fuego que había ardido en su pesadilla.

Al parecer, Niall tenía razón cuando hablaba de las vueltas infinitas de la Rueda. Tan infinitas eran que ahora que parecía estar llegando el final de su aventura, estaba una vez más como al principio: enfurecido, desgarrado por el dolor y acosado por los terrores nocturnos. O diurnos, en su caso.

Era genial. Genial, sin más.

Y aunque llevaba esos días esquivando a todos los habitantes de la casa, sabía que el tiempo que se había concedido a sí mismo para regodearse en sus lamentaciones tenía que acabar. Todavía quedaba mucho por hacer, mucho por descubrir, y alguien tenía que animarse a empezar la tarea. Si dejaba la decisión en manos de los adolescentes funcionales que tenía por compañeros, llegarían a *Lughnasadh* celebrando el embarazo de Marta y saltando los obstáculos solo si se ponían en su camino y no les dejaban pasar por otro lado.

Quizá estaba siendo injusto, pero ¿y qué? Se sentía demasiado molesto como para ser condescendiente, y demasiado hundido en sus recuerdos como para tolerar la felicidad de los demás, por muy egoísta que eso pudiera parecer.

Así que salió de la cocina y se encaminó hacia el salón, donde sabía que, tarde o temprano, terminarían por aparecer todos para cenar y fingir que estaban haciendo algo de provecho. Y, con toda probabilidad, sería más tarde que temprano, porque podía escuchar las risitas del hada y su meiga en el piso superior, y era incapaz de percibir a O'Cleary y Diana en ningún punto de la casa.

Pero Laura estaba ahí, tras la puerta cerrada, seguramente perdida en su universo de lógica y programación, con el móvil o la tableta entre las manos y aislada de cualquier emoción que osara acercarse a ella.

Si tuviera tres años, habría dado la vuelta y se habría escondido hasta que apareciera alguien más, porque, al parecer, la morena y él eran incapaces de estar juntos y solos sin atacarse el uno al otro. Pero como ya había pasado por la infancia hacía mucho más tiempo del que podía recordar, inspiró hondo y entró en la habitación.

Y, como siempre, su respiración se detuvo un minuto, su corazón se perdió varios latidos para volver a acelerarse de nuevo y su cuerpo decidió que había llegado el momento de repartir la sangre de sus venas de un modo mucho menos equitativo pero más molesto.

Tal y como esperaba, ella estaba sentada en el sofá, con la cabeza inclinada sobre su tableta y la espesa melena cayendo como un manto de seda oscura sobre sus hombros,

dejando a la vista apenas un atisbo de su bellissimo perfil. La elegante falda gris dejaba al descubierto parte de sus muslos y unas pantorrillas que cualquier hombre mataría por poner sobre sus hombros o alrededor de su cintura. La camisa ocultaba más de lo que mostraba, pero eso casi era peor, porque la maldición que los dioses habían dejado caer sobre Roi nunca había afectado a su imaginación. De hecho, tenía una imaginación fantástica, como estaba confirmando en ese mismo instante. Y muy inoportuna.

Pensó, no por primera vez, lo irónico que era el aspecto de esa mujer. Bajo una fachada que era más provocativa y sexual que hermosa —aunque lo de la hermosura también estaba fuera de discusión—, se escondía... nada. Nada en absoluto. Era fría como el hielo, lógica hasta la náusea, insensible y dura. No había nada pasional o desenfrenado en Laura. Solo datos, razonamiento y desinterés.

Parecía una broma pesada de los dioses —una de tantas— que esa imagen que hablaba de sexo salvaje y lujuria infinita guardara un corazón inclemente e incapaz de entregarse a nada que pudiera despeñarla o estropear su impecable manicura.

Y aunque Roi apreciaba su sentido común, el modo en que siempre iba directa a lo práctico rechazando todo lo demás, odiaba su indiferencia y su frialdad con casi tanta intensidad como deseaba su cuerpo. Porque, por mucho que lo intentara, el hielo de su personalidad no conseguía apagar las llamas que ardían en sus venas cada vez que la veía.

Irónico, sí.

Y muy molesto.

Carraspeó para llamar su atención y, por una vez, no vio el relámpago de irritación que solía atravesar la expresión de la chica cuando se encontraba con él. Al contrario, y para su sorpresa, Laura lo recibió con una sonrisa, como si estuviera esperándolo.

—Buenas noches, Roi —saludó—. Justo la persona a la que quería ver.

Él enarcó una ceja en un gesto de incredulidad irreprimible.

—¿En serio, querida? —preguntó en tono melifluido mientras se dirigía hacia su sofá favorito junto a la ventana—. ¿Se ha congelado ya el infierno o tan solo nieva a sus puertas?

Inmune al sarcasmo, Laura esperó a que él se acomodara para teclear en su tableta y girarla hacia él, mostrándole un esquema formado por múltiples etiquetas de colores variados que parecían conformar un todo al que ella, sin duda, le encontraba algún sentido.

A él le parecía un cuadro abstracto.

Su cara de incompreensión debió de darle alguna pista a la chica, porque volvió el aparato en su dirección, lo miró con el ceño fruncido y se lo mostró de nuevo con expresión indecisa.

—¿No lo ves? —inquirió.

Quizá esa era la señal para que él se inclinara y estudiara la imagen con interés, tratando de encontrar un significado oculto entre todas esas etiquetas multicolores, pero no estaba de humor para seguir los intrincados caminos de la mente de Laura, y mucho menos para mostrarse amable, no fuera a ser que, de hecho, se congelara el infierno.

—Es... ¿bonito? —ensayó—. Con todos esos colorines entrelazados y las rayitas uniéndolos.

Como respuesta a sus palabras, sí apareció el habitual enojo con el que la chica solía contemplarlo. El universo encajaba de nuevo en su lugar, y Roi se acomodó satisfecho en su asiento.

—Es mucho más que bonito —replicó Laura, ofendida. Colocó la pantalla sobre su regazo y pulsó sobre ella un par de veces—. Me ha llevado horas hacerlo —dijo, con ese tono distraído que indicaba que ya se había perdido en su propio mundo de unos y ceros—. Todo gira en torno a las tríadas —explicó. La mano que se movía sobre la pantalla se alzó un instante para trazar un rápido gesto en el aire—. Todo. El poder de tres está por todas partes, ¿entiendes?

Laura alzó la vista y lo miró, como aguardando una respuesta por su parte. Roi se encogió de hombros. Lógica y magia no encajaban bien, y dudaba mucho que ella hubiera podido llegar a ninguna conclusión siguiendo ese camino.

—Sigo sin entenderlo, me temo —dijo en tono de disculpa—. Sé desde hace mucho más tiempo que tú lo que significa el poder de las tríadas, pero no veo dónde...

—¡Todo va en grupos de tres! —lo interrumpió ella con un entusiasmo muy impropio de su carácter—. Todo. Las gemelas y el *biosbardo*. Aidan, Diana y su magia. Ciara, Cathal y su parentesco. Niall, Marta y su vínculo. —Lo pensó un instante—. Y el niño, claro —murmuró en lo que parecía una recriminación a sí misma—. Ese niño tiene que formar su propia...

—Laura —llamó Roi.

—No hay una conexión sexual, claro, pero la reproducción...

—Laura —insistió.

—Es como Ciara y Cathal, una conexión indirecta. Claro... Sí.

—¡Laura! —repitió una vez más, alzando la voz. Ella detuvo su torrente de murmullos y levantó la cabeza para mirarlo con expresión confusa—. Estoy aquí, ¿recuerdas?

—Sí —asintió ella, parpadeando—. Sí, claro, perdona. Lo que quiero decir es que todos los que nos rodean están relacionados en tríadas entre sí y con los demás. Y, por lo que he analizado hasta ahora... —Bajó la cabeza y pulsó un par de veces más en la pantalla, como si buscara algo—. Por lo que he analizado, cada vez que se crea un nuevo vínculo de tres, avanzamos un poco hacia la solución.

Roi dejó su actitud condescendiente y lo meditó con calma. Por increíble que le hubiera podido parecer segundos antes, Laura había conseguido usar el sentido común para sacar una conclusión sobre asuntos arcanos, y algo le decía que no iba muy desencaminada.

—Continúa —pidió, inclinándose hacia ella para dedicarle toda su atención.

La chica inspiró hondo, como si hubiera estado conteniendo el aliento en espera de su respuesta, y dibujó el amago de una sonrisa.

—No hay mucho más. Todo está aquí —dijo. Pasó la mano sobre su trabajo en un gesto que pretendía abarcarlo por entero y lo miró con seriedad—. Ahora mismo estamos parados. Aidan lleva tres días hablando de rituales, de estudios, de... —Desechó los preparativos del druida con un gesto incómodo—. Pero no estamos sacando nada en claro.

—Bien, no me sorprende demasiado —asintió Roi—. El tema es más complejo de lo que parece, y apenas hemos empezado a...

—Pero hay un modo de acelerarlo —continuó Laura, como si él no hubiera dicho ni una palabra—. Es tan simple que no sé cómo no me di cuenta antes. —Dejó el ordenador a su lado, sobre el sofá, y lo miró a los ojos—. Tenemos que acostarnos.

Roi parpadeó, convencido de que su libido le había jugado una mala pasada y, en realidad, no había oído lo que creía haber oído. Rebobinó la conversación en su mente y lo consideró un instante.

«He entendido mal. No ha podido decir eso. Ni de broma».

—¿Perdona? —dijo, incapaz de añadir ni una sola palabra más.

—He dicho que tenemos que acostarnos —repitió Laura con calma, deteniéndose en cada palabra, como si quisiera darle tiempo para reunir las en su cerebro y poder comprenderlas en su conjunto.

«Pues sí lo ha dicho».

Él enarcó una ceja. Luego, porque no sabía qué más hacer, enarcó las dos.

—Creo que he debido de entenderte mal —comentó por fin, después de unos segundos esperando a que ella añadiera algo más que le diera un poco de sentido a todo el asunto—. Porque, te vas a reír, querida, me ha parecido entender que me estabas proponiendo que nos fuéramos a la cama.

—Sí, eso es exactamente lo que he dicho —afirmó Laura.

—¿A dormir? —ofreció él a la desesperada—. Porque acabo de levantarme y...

—No seas ridículo —replicó la chica, irritada. Alzó la mano para llevar un mechón de cabello oscuro tras su oreja y lo miró con expresión impaciente—. Lo he hablado con los demás. Uno por uno, claro, porque...

—Lo has hablado con los demás —repitió Roi, incrédulo.

—Sí, por separado, como te decía, porque tienen una tendencia de lo más molesta a interrumpir —siguió Laura, ajena a su confusión y a su cada vez más creciente furia—. Y, bien, Aidan me ha explicado algo sobre el poder de las tríadas, y Niall me ha confirmado que los rituales de apareamiento...

—Rituales de apareamiento —interrumpió él, permitiendo que una parte de la ira que estaba empezando a dominarlo infectara su voz.

—Sí, ya sabes —se impacientó Laura—. Rituales paganos basados en el sexo, como el que Niall y Marta ofrecieron a la Diosa para librarme de las sombras de muerte. Cada vez que uno de esos rituales se lleva a cabo, sucede algo que nos hace avanzar en la investigación. —Recogió su ordenador y pulsó un par de veces sobre la pantalla—. Al principio éramos tres por cada lado. Tres hombres, tres mujeres. Separados. —Su voz se iba acelerando, iba ganando en confianza a medida que desgranaba su teoría y se perdía en su mundo—. Pero ahora Diana y Aidan están juntos y Niall y Marta también, así que todo está descuadrado. —El movimiento de sus dedos ganó también velocidad, como si quisiera alcanzar el ritmo de su voz y sus pensamientos—. Y nosotros estamos descolgados. Somos la variable que no encaja, el calcetín desparejado. Que nosotros no hayamos pasado por un ritual sexual altera todo el esquema —añadió en tono indignado, como si esa imperfección en sus maravillosos estudios de colores fuera una ofensa directa hacia su persona.

—Y, solo por dejar las cosas claras, eso te ha hecho pensar que deberíamos... ¿aparearnos? —comentó Roi con todo el sarcasmo que fue capaz de imprimir a su voz.

—Exacto —asintió ella—. Solo queda decidir el momento adecuado. He pensado en una de las fechas mágicas, pero no creo que debamos esperar tanto.

—Ah, ¿no?

—No, no es necesario —continuó, sin percatarse de que acababa de dejar caer un jarro de agua helada sobre la libido de Roi y una cerilla sobre su mal carácter—. Cuando Niall y Marta llevaron a cabo el ritual...

—El de apareamiento, dices —la interrumpió con brusquedad.

—Sí, ese mismo —respondió ella, ignorando su tono—. Ese ritual se llevó a cabo fuera de las fechas mágicas, así que creo que deberíamos librarnos de este tema cuanto antes. Hoy mismo, si te va bien.

—Librarnos del tema...

—Sí. —Laura lo miró a los ojos y frunció el ceño. Roi oró para que ese pequeño gesto significara que por fin se estaba dando cuenta de que estaba muy lejos de convencerlo para participar en sus alocados planes—. ¿Te ocurre algo? Creo que no me estás siguiendo. Acabas de levantarte, lo entiendo, pero...

—Te sigo a la perfección —replicó.

Se puso en pie con calma e hizo algo que muy rara vez se permitía: dirigirse a la licorera para prepararse una bebida. Por algún motivo, le estaba haciendo mucha falta. Se sirvió una copa de coñac y la giró entre sus manos, observando la danza del líquido, sin animarse a mirar a Laura por miedo a sentir deseos de estrangularla.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con mis conclusiones? —insistió ella.

Roi cerró los ojos como si así pudiera escapar de toda esa situación absurda, que más parecía una broma pesada o tal vez un sueño estúpido. Pero cuando volvió a abrirlos, el licor seguía templándose en sus manos y él continuaba en esa habitación, escuchando la respiración de la chica a su espalda y los tranquilos latidos de su corazón.

—A lo largo de mi vida he recibido muchas proposiciones de índole sexual —comentó con calma, jugando con la copa entre sus dedos—. Reconozco que he aceptado la mayoría, aunque también he rechazado unas pocas. Pero siempre, sin excepción, me he sentido halagado y agradecido. Hasta ahora. —Se volvió para fulminarla con la mirada—. Nunca creí que una mujer pudiera ofenderme tanto abriéndome el camino hasta su cama.

—Bueno, pues no pretendía ofenderte —replicó Laura, con su aire de agravio más regio—. Te estoy dando una solución para todo este asunto. Y creo que tú eres el que más debería agradecerla, dado que es a ti a quien más le afecta.

—Bien, pues muchas gracias —dijo con evidente sarcasmo—. Ahora, princesa, te sugiero que te largues de aquí lo más rápido que te permitan esos tacones de aguja, o vas a ver lo peor de mí —gruñó—. Y créeme, no te va a gustar.

Laura lo miró, incrédula, durante unos instantes. Por fin, dejó escapar un resoplido cargado de ultraje, recogió su inseparable tableta y se marchó del salón dando un portazo.

Roi apuró la copa de un trago. Siglos sin sentir la necesidad de emborracharse y volvía a desearlo por una mujer que ni siquiera le caía bien.

—Pues perfecto. Brindemos por ella, entonces —masculló, sirviéndose otro coñac.

2

En cuanto salió del salón, Laura inspiró hondo para serenarse y contó despacio los diez primeros números primos.

Sin embargo, y para su sorpresa, no funcionó: seguía molesta. Mientras se encaminaba hacia las escaleras, rebobinó en su mente la conversación que acababa de mantener, intentando encontrar el fallo en sus argumentaciones; el error que había llevado a Roi a ofenderse en lugar de apreciar la brillantez de su plan.

Tampoco funcionó.

Le había mostrado sus esquemas, le había explicado con calma y palabras sencillas la lógica de sus razonamientos, y, aun así, él había reaccionado de un modo irracional.

No tenía ningún sentido, y como ella era incapaz de procesar los problemas sin sentido, tendría que recurrir a alguien que pudiera traducirle todas esas emociones absurdas —ira, ofensa, irritación— que había captado en las palabras de Roi. Alguien que se manejara con habilidad en la falta de lógica y la incoherencia.

Tenía que hablar con Marta y el hada.

Se detuvo un segundo a analizar sus pensamientos y sus labios se curvaron en una irónica sonrisa de reconocimiento al darse cuenta de su propia incongruencia. Marta «y el hada». Como si su amiga no fuera también un hada. Sin embargo, a su mente le costaba encajar ese dato, que apenas unos meses antes habría desechado por absurdo. Marta era Marta. Su amiga de toda la vida. La dulce, la amable, la frágil Marta, que siempre se escudaba tras Diana y tras ella ante cualquier enfrentamiento. Tan humana como cualquiera, y mejor persona que muchos.

Pero su naturaleza era bien distinta, y más valía que su cerebro empezara a asumir ese dato, porque la pequeña peluquera había cambiado mucho desde diciembre, cuando todo ese embrollo absurdo había comenzado, y Laura necesitaba estar preparada para analizarla y tratarla según su nueva personalidad.

Con sus tacones repiqueteando sobre el suelo de madera, se encaminó a la habitación que su amiga compartía ahora con Niall, dispuesta a encontrar respuestas. Para ello, preparó con cuidado una lista de preguntas directas que evitaran, en la medida de lo posible, las salidas de tono del compañero de Marta. Y de la propia Marta.

Cuando creyó tenerlo todo bien atado, llamó con dos toques firmes a la puerta.

No obtuvo ninguna respuesta, a pesar de que el murmullo de voces que se filtraba desde el interior le decía que esos dos estaban ahí. Llamó de nuevo, un poco más fuerte, y esperó.

El murmullo se intensificó y escuchó un par de risitas traviesas de Marta, pero ninguna señal de que podía pasar. Estaba a punto de entrar sin más cuando la puerta se abrió y apareció Niall, vestido solo con unos desgastados pantalones vaqueros abrochados a medias y una sonrisa irónica pintada en sus simétricas facciones.

—Te ha mandado a la mierda, ¿a que sí? —preguntó sin dejarla mediar palabra.

—Te lo dije —apostilló Marta desde la enorme cama.

Niall dejó escapar una risita cargada de sorna y se apartó para franquearle el paso. Laura miró a su alrededor, tratando de encontrar un lugar para sentarse en el caos que esos dos llamaban «habitación».

—Tira lo que quieras al suelo y siéntate —ofreció él ante su indecisión.

Al ver que ella no reaccionaba, Niall agarró un puñado de ropa desparramada sobre un sillón y la arrojó a los pies de la cama sin miramientos. Ella dudó todavía unos segundos

más antes de pasar una mano por el asiento para sacudirlo un poco y, a continuación, acomodarse en él con expresión incómoda.

Repasó en un instante su lista de preguntas mientras Niall se dejaba caer desmadejado sobre la cama y apoyaba la cabeza sobre el regazo de Marta.

—No lo comprendo —empezó con calma—. Le he mostrado mis esquemas y he expuesto el tema con claridad. Tú lo conoces mejor que yo —comentó hacia Niall—, ¿es posible que no lo haya entendido?

—Estoy segurísimo de que lo ha entendido muy bien —replicó él, riendo entre dientes—. Es más, estoy convencido de que, ahora mismo, no puede pensar en otra cosa. No con toda la sangre en la po...

—No seas malo —lo interrumpió Marta con una risilla maliciosa.

—Te gusta que sea malo, brujita —contestó Niall, acurrucándose contra ella—. No te quejabas hace un rato de lo malo que soy...

—¿Podemos volver a mi problema, por favor? —intervino Laura antes de que la conversación se le fuera de las manos y acabaran echándola de la habitación.

—¿Qué esperabas, Laura? —preguntó Marta con ese tono brusco tan extraño que había empezado a usar de vez en cuando y al que Laura todavía tenía que acostumbrarse—. Te dije que se iba a ofender. Es normal.

Ella la miró sin comprender, porque no lo encontraba normal en absoluto. Tenían un problema, había dado con una posible solución y el más interesado en resolver el asunto había reaccionado de un modo irracional, atacándola en lugar de agradecerle su dedicación. Lo meditó unos segundos y asintió para sus adentros cuando sus archivos mentales encontraron una conexión que quizá podría explicarlo todo.

—¿Tiene algún problema que no me habéis comentado con los rituales basados en una actividad sexual? —inquirió, más animada al ver un rayo de luz en la oscuridad de sus dudas—. Porque también se indignó cuando vosotros llevasteis a cabo la ofrenda a Danu, y...

Las carcajadas de Niall no la dejaron continuar.

—Roi tiene muchos problemas —dijo, divertido, cuando consiguió dejar de reírse—, pero te aseguro que el sexo no es uno de ellos, cariño.

—No me llames «cariño», ni «cielito», ni «vida» —replicó Laura, repitiendo en automático una queja que había expuesto mil veces, mientras meditaba su comentario—. Entonces, ¿cuál es el problema?

Marta suspiró y se recolocó sobre las almohadas, acariciando la cabeza de Niall, que descansaba sobre su regazo. Este suspiró, satisfecho, y cerró los ojos, disfrutando del contacto de las manos de su compañera en su cabello dorado como si hubiera perdido ya todo el interés en la conversación.

—Laura, no es tan difícil de entender —explicó su amiga en tono sereno—. Ya lo hemos hablado muchas veces. Para algunos de nosotros el sexo es algo más que una necesidad biológica o un modo de pasar el rato.

Cierto. Lo habían hablado muchas veces. Marta siempre veía el sexo con un romanticismo extraño que ella aceptaba, pero que era incapaz de compartir o entender. Sin embargo, hasta donde su observación y su experiencia llegaban, esa actitud era menos común en los hombres. ¿O no?

—Entonces, ¿Roi es como tú? —inquirió, concentrada—. ¿No acepta el ritual porque le da un valor trascendente al sexo? ¿Porque es selectivo con sus compañeras de cama?

Una vez más, las carcajadas de Niall resonaron por toda la habitación. Laura se habría ofendido, pero la confundía demasiado esa risa divertida, libre por completo de ironía, como si ella hubiera contado un chiste genial en lugar de presentar una pregunta muy razonable.

—Es alucinante que, siendo tan inteligente, seas tan estúpida, cariño —dijo por fin, cuando consiguió serenarse, sonriendo todavía.

—No soy estúpida en absoluto —protestó, sintiendo una punzada de irritación—. Si es selectivo, a lo mejor no me considera una compañera apropiada. La atracción física es un elemento necesario para la excitación y...

—Laura, por favor —se quejó Marta, componiendo una expresión de hastío que meses antes ni se habría atrevido a ensayar en privado, mucho menos a la vista de alguien—. No seas obtusa.

—No estoy siendo obtusa —respondió, enojada—. Es posible que no me considere atractiva.

En cuanto pronunció esas palabras, sintió una súbita oleada de incomodidad. Laura se sabía atractiva. Era un dato objetivo. Sus rasgos eran simétricos, como mandaban los cánones, con los ojos grandes y los labios carnosos que solían apreciar los hombres. Se mantenía en forma y su cuerpo tenía las proporciones adecuadas. Dedicaba tiempo al cuidado de su aspecto, porque ya hacía mucho que había aprendido que la gente juzgaba por las apariencias, y el atractivo físico solía jugar a su favor. Los hombres la alababan por su belleza y eso los distraía de su inteligencia, así que conseguía llevarlos a su terreno sin demasiadas dificultades. Y había sido así desde que tenía memoria, por lo que no sabía cómo hacer frente a un hombre que parecía no apreciar su físico.

—¿Es eso? —insistió, buscando una respuesta clara de la pareja, que la miraba con una mezcla de diversión e ironía—. ¿No me encuentra aceptable?

—Eres muy guapa, Laura, y lo sabes —respondió Marta con un hondo suspiro de hastío—. Ese no es el problema.

—Bueno, en las últimas semanas me he descuidado un poco —refutó, tratando de aferrarse al único asomo de lógica que veía en ese tapiz absurdo de incoherencias—. Necesito cortarme el pelo y...

—Cielito, estás muy buena —la frenó Niall, sonriente—. Si yo fuera Roi, ahora mismo estarías desnuda y encima de mí.

—¿Encima? —se sorprendió Marta, sin mostrar ni un ápice de esos celos que tan propios solían ser de ella en el pasado.

—Tiene pinta de que le gusta mandar, pajarito —replicó el hada en lo que pretendía ser un susurro, pero emitido con toda la intención de que Laura lo escuchara.

—Ahora que lo dices... —comentó Marta con una risita. Después, se volvió hacia ella, mirándola con lo que casi parecía su habitual gesto compasivo—. Laura, te lo dije en su momento: no puedes ir a un hombre como Roi y plantearle que te quieres acostar con él para encontrar la solución a un problema. Es ofensivo, ¿no lo ves?

—No —respondió Laura de inmediato—. Pero como, de hecho, se ha ofendido, no me queda más remedio que creerte. —Inspiró hondo y se centró en lo que mejor se le daba: encontrar una solución al problema—. Entonces, ¿qué debo hacer?

—Pasar del tema y buscar otro modo de averiguar lo que necesitamos —respondió Marta al momento.

—No seas aburrida, brujita —la contradujo Niall. Marta sacudió la cabeza en un gesto de divertido reproche y se encogió de hombros, animándolo a continuar. El hada se dirigió de nuevo hacia Laura—. Lo que tienes que hacer, cariño, es convencerlo de que quieres acostarte con él porque te apetece.

—Bueno, me apetece solucionar todo esto y volver a mi vida —meditó ella.

—Sí, pero eso cállatelo, ¿vale? —insistió Niall—. Convéncelo de que te mueres de ganas de echar un polvo y listo. O deja —añadió con una sonrisa malvada—. Ya me encargo yo —decidió, poniéndose en pie. Agarró una camiseta del montón que había tirado al suelo para dejarle un asiento y se la puso a toda prisa, sin dejar de hablar—. Tú quédate aquí y... Y yo qué sé, haz lo que quiera que hagas en esas máquinas tuyas. O habla con mi brujita y

que te explique algunas cosas. —Se volvió hacia Marta y le dio un beso largo y provocador—. Ni se te ocurra levantarte —ordenó sonriente—. Volveré cuando acabe con esto.

—Que la Diosa nos proteja —replicó Marta, aunque en su voz la malicia coqueteaba con la hilaridad.

3

El licor se deslizaba por la garganta de Roi y templaba su estómago, pero no hacía nada por mejorar su estado de ánimo, ni volvía más tolerable el sentimiento de ofensa que se había asentado en su vientre. Y si se paraba a analizarlo, sabía que no tendría que sentirse así, que Laura había hecho, ni más ni menos, que lo que le dictaba su sentido común, y que su orgullo masculino solo había sido una baja colateral en la guerra que se libraba desde las Navidades pasadas entre su lógica y el universo en el que se había visto envuelta, lleno de magia y sin reglas fijas.

Pero no podía evitarlo, porque él también llevaba cinco meses debatiéndose entre su sentido común y su libido, y empezaba a estar harto de no poder convencer a su cuerpo de que mirarla siquiera era un error garrafal. Por supuesto, ese maldito cuerpo suyo había reaccionado con bastante más alegría que él a la propuesta de la morena, y eso no ayudaba nada a su mal humor.

Bajó la vista hasta la copa que todavía sostenía en sus manos y comprobó que apenas quedaba un poco de coñac en el fondo, que parecía esperar expectante a que él lo apurara... para que pudiera servirse más.

Se apartó de la ventana, irritado también con la serenidad de la noche primaveral, que tan mal encajaba con su crispación, y se dirigió de nuevo hasta la licorera, dispuesto a seguir rellenando su copa hasta caer en la inconsciencia.

Debió imaginar que, en una casa tan repleta, las novedades se transmitirían a la velocidad del rayo y algunos no podrían resistirse a comentarlas y honrarlo con un razonamiento que él no tenía el menor interés en escuchar.

—Deberías tirártela, ¿sabes? —sugirió Niall desde la puerta, con su habitual sonrisa burlona.

Roi miró con nostalgia su bebida, pero optó por dejarla sobre la mesa. De lo contrario, estaba convencido de que, en algún momento de la inevitable conversación, terminaría estrellada contra la cabeza del hada.

—Discúlpame, amigo mío, pero no recuerdo haber pedido tu opinión. Ni en este tema ni en ningún otro que alcance a imaginar ahora mismo —replicó con toda la calma que pudo reunir.

Inmune al veneno de sus palabras, Niall se adentró en el salón hasta dejarse caer sobre el sofá, sin dejar de mirarlo con esa expresión burlona ni un solo segundo.

—Claro —dijo, apoyando los pies sobre la mesa en un gesto dirigido sin duda a provocarlo—. Si me hubieras pedido mi opinión, ahora mismo estarías en la cama con la chica, en lugar de estar aquí acabando con nuestras provisiones de coñac.

Roi no pensaba contestar a eso.

O tal vez sí.

—No voy a acostarme con ella —afirmó, sorprendiéndose a sí mismo por la falta de compromiso que mostraba su cuerpo con el propósito que acababa de anunciar.

El hada chascó la lengua con reprobación.

—No veo por qué. Está como un queso —resumió con esa capacidad tan suya de olvidar todos los parámetros que él consideraba innecesarios en un problema. Es decir, todo lo que no fuera rendirle pleitesía a sus caprichos. Al no recibir respuesta, resopló, indignado—. Y lo que dice tiene sentido, además.

—No tiene el más mínimo sentido —rezongó Roi—. Ni siquiera alcanzo a imaginar cómo ha podido...

—A lo mejor le gustas —interrumpió Niall, sonriente.

—Por favor, si ni siquiera me soporta.

—Con que soporte tu peso mientras estás entre sus piernas, es más que suficiente —replicó el hada con malicia.

—Amigo mío —suspiró Roi, sacudiendo la cabeza en un gesto de incredulidad—, nunca dejará de sorprenderme tu infinita capacidad para describir con precisión todo aquello que sea grosero, soez o vulgar.

—¿Qué puedo decir? Tengo un don —afirmó Niall, hundiéndose todavía más en su asiento—. Venga, *a'chara*, da igual lo que les digas a los demás e incluso lo que te digas a ti mismo. Los dos sabemos que la chica te pone cachondo perdido. Aprovecha que está dispuesta y dale una alegría a ese cuerpo tan aburrido que tienes.

—No pienso acostarme con una mujer que no me aguanta, Niall —explicó con hastío, preguntándose de paso por qué siempre se acababa dejando arrastrar a esas discusiones absurdas.

—¿Por qué no? —insistió su amigo. Lo miró unos instantes antes de convertir su rostro en la más perfecta expresión de sarcasmo burlón que podía conjurar, lo que, en su caso, era decir mucho—. No, espera, no me lo digas. Te sentirías utilizado y degradado —exclamó con gesto sobreactuado y un tono de voz agudo y lastimero—. Vamos, por favor —bufó.

—Por increíble que te parezca —masculló de mal humor—, algunos de nosotros tenemos orgullo.

—Oh, yo tengo muchísimo orgullo —replicó el hada sin inmutarse por su evidente enfado—. Lo que pasa es que no dejo que se interponga entre un buen polvo y yo. —Volvió a reír al ver la expresión asqueada de Roi—. Venga, hombre, ¿dónde está el problema? Te mueres por llevártela a la cama desde que la viste por primera vez. Y, entre nosotros, es muy posible que tenga razón. No encajáis en el esquema. Cuando la bruja y yo no estábamos juntos, puede. Los diferentes eran Aidan y Diana. Pero ¿ahora? Desentonáis. Es como escuchar una nota desafinada en la sinfonía de la creación. Y rechina, y molesta. Mucho —apuntó con una expresión de incomodidad que Roi identificó como sincera.

—No lo estarás diciendo en serio, ¿verdad? —inquirió, aunque una parte de sí mismo sabía que así era.

Había pensado que el hada solo quería convencerlo de que se fuera a la cama con la chica para divertirse un rato a su costa y, con toda probabilidad, tramar algo que les complicara la vida, pero ahora se daba cuenta de que también se sentía incómodo con la situación a un nivel que él, que intentaba ignorar todo lo que tenía que ver con la magia y los poderes de los *sídlbe*, no sería capaz de comprender jamás.

—Claro que lo digo en serio —replicó Niall—. Y, si no me crees, puedes preguntarle a Aidan. Acaba de aparcar fuera.

Roi aguzó el oído y, en efecto, escuchó el suave ronroneo del Maserati de Aidan deteniéndose junto al camino principal, junto con las risas de Diana y unos cuantos murmullos apresurados que se esforzó en no descifrar.

Poco después, ambos aparecían en el salón, charlando entre ellos. La sonrisa de Aidan murió en sus labios al pasear la vista por el cuadro que conformaban Roi y el hada. Cruzó una mirada de entendimiento con su mujer, y ella dejó escapar una risita antes de ponerse de puntillas para besarlo con suavidad en los labios y desaparecer con un saludo apresurado.

El druida siguió contemplándola hasta que desapareció escaleras arriba y, con un hondo suspiro, se encogió de hombros y entró en la habitación.

—*Deartháir* —dijo Niall a modo de saludo—. Explícale que tengo razón en lo de Laura, anda.

—¿Laura? ¿Qué Laura? —preguntó Aidan, caminando hacia el sofá y sin mirar a ninguno de los dos—. ¿Quién es Laura? No conozco a ninguna Laura. No sé nada. Nunca

he sabido nada. Es más —dijo, observándolos por primera vez antes de sentarse—, ¿quiénes sois vosotros y qué hacéis en mi casa?

—Siempre has sido un hombre sabio, O’Cleary —apreció Roi.

—¿En serio? —murmuró el druida con una sonrisa irónica—. Entonces, ¿qué diablos hago aquí escuchándoos? Si fuera un hombre sabio, no llevaría tanto tiempo metiéndome en líos por vuestra culpa. —Cruzó una mirada con el hada y suspiró antes de volverse de nuevo hacia Roi con aire resignado—. Vale, está bien. Nunca creí que fuera a decir esto, pero Niall tiene razón.

Roi dejó escapar un gruñido al escucharlo, aunque se esperaba esa respuesta. Conocía lo suficiente a sus amigos y las dinámicas del grupo como para saber, sin ninguna duda, que ya habían discutido el tema hasta la saciedad y se habían puesto todos de acuerdo. Aun así, y a pesar de estar convencido de que nada de lo que dijera podría hacerlos cambiar de opinión, se empeñó en seguir la discusión.

«Para convencerte a ti mismo, sobre todo», apuntó una vocecita molesta en su interior que se apresuró a acallar.

—No me puedo creer que le des la razón, O’Cleary —protestó—. A pesar de tus muchos defectos, siempre te he tenido por un hombre que, quizá por casualidad, acaba tomando decisiones sensatas.

—Ah, pero es que yo no tengo ninguna decisión que tomar —sonrió Aidan—. Yo voy a seguir trabajando en un ritual que pueda alejar, aunque sea en parte, el conjuro de ocultación, a ver si podemos encontrar alguna pista. El que tiene que tomar la difícil decisión de llevarse a la cama a una mujer impresionante y dispuesta eres tú.

—¿A que, dicho así, suena absurdo que te niegues? —apostilló Niall.

—Es imposible razonar con vosotros —se quejó Roi. Abandonando sus buenos propósitos, se dirigió de nuevo a la licorera y rellenó la copa que había dejado abandonada minutos antes. Dio un largo trago y volvió a mirar a sus amigos, que lo observaban con una irritante mezcla de curiosidad y diversión—. No le veo la gracia —masculló.

—Porque nunca has tenido sentido del humor —replicó el hada.

Roi lo fulminó con la mirada.

—Tengo muchísimo sentido del humor, amigo mío —dijo—. De lo contrario, hace siglos que habría acabado contigo.

—Querrás decir que lo habrías intentado, *a’chara* —respondió Niall con una peligrosa sonrisa danzando en sus labios, al tiempo que se incorporaba despacio en su asiento con actitud amenazadora.

Él se apresuró a responder a su desafío, contemplándolo con expresión retadora.

—Basta —interrumpió Aidan sin molestarse en alzar la voz, más aburrido que alarmado—. Roi, haz lo que te dé la gana. Si quieres acostarte con la chica, hazlo, y si no quieres...

—Que sí quiere... —intervino Niall.

—Si no quieres —retomó Aidan con una mirada de advertencia—, no lo hagas. Encontraremos el modo de encajar vuestra situación en el esquema general. Las tríadas no lo son todo, y yo...

—Sí lo son —volvió a entrometerse el hada.

—¿Vas a dejar de interrumpirme? —protestó Aidan.

—No —replicó Niall sin alterarse.

Roi observó el intercambio con la serenidad de quien se ha enfrentado a situaciones similares una y mil veces. Llevaba tanto tiempo viendo cómo a Aidan se le escapaban las conversaciones de las manos cuando intentaba dirigirlas con seriedad que ya casi ni se irritaba cuando Niall se mostraba testarudo, infantil, absurdo, irritante o todas esas cualidades a la vez. Se dirigió a la licorera mientras sus amigos se observaban uno a otro —molesto el druida, sonriente el hada— y preparó una bebida que le tendió a Aidan sin decir

ni palabra. Su amigo la aceptó con un breve gesto de asentimiento, y tomó un pequeño sorbo antes de hablar de nuevo.

—El caso es que estoy organizando algo para ver si podemos encontrar una pista fiable. Supongo que lo tendré listo en un par de días, si nadie me interrumpe con culebrones adolescentes. Veremos si funciona y si no... —empezó a explicar.

—Y si no, ¿podemos atar a Roi a la cama, encerrarlo con la chica y ver qué pasa? —sugirió Niall, fingiendo una exagerada ilusión infantil.

—No, no podemos —negó Aidan, que ya hacía mucho tiempo que era consciente de que responder a las provocaciones del hada era preferible a ignorarlas.

Roi tomó asiento en su sillón favorito, junto a la ventana, sin prestarle la más mínima atención al intercambio de frases que siguió a la negativa del druida. En primer lugar, porque él también había aprendido mucho a lo largo de los siglos y sabía que era más práctico esperar a que retomaran la conversación, algo que ocurriría de forma inevitable cuando Niall perdiera el interés y se cansara de provocar a Aidan. Y, en segundo lugar, y muchísimo más preocupante, porque su imaginación maldita lo había traicionado de un modo muy ruin, y no dejaba de susurrarle al oído las infinitas posibilidades que se abrirían ante él si estuviera encerrado en una habitación con Laura, una cama, e incluso un puñado de cuerdas...

La discusión entre sus amigos continuaba, cada vez más y más absurda, aunque él apenas podía prestarle atención. En una ocasión, hacía ya mucho tiempo, alguien le había planteado un juego tonto: tratar de no pensar en los siguientes minutos en un elefante rosa vestido con patucos. Imposible. Solo por intentar no ver al estúpido bicho, la imagen aparecía una y otra vez en su cerebro, con más claridad a cada instante que pasaba, con cada segundo que intentaba concentrarse en otra cosa. El sexo con Laura era algo similar: cuanto más trataba de quitárselo de la cabeza, más explícitas eran las escenas que se representaban una tras otra, más precisos los detalles. Y el hecho de que ella lo detestara no parecía disuadir a su mente de mostrarse más y más creativa

Tenía que sacársela de la cabeza o iba a volverse loco.

Se removió, incómodo, en su asiento y no fue hasta que sus amigos dejaron de hablar de golpe y se volvieron hacia él que se dio cuenta de que había dejado escapar un gruñido molesto.

O'Cleary, mucho más educado que el hada, trató de fingir, sin ningún éxito, que no se había percatado del motivo de su incomodidad. Pero Niall no iba a concederle ni el más ligero respiro. Sus labios dibujaron una sonrisa depredadora y maliciosa, como si se hubiera trasmutado de pronto en un enorme gato que acaba de encontrar a un indefenso ratoncito.

—¿Tienes algún problema, *a'chara*? —preguntó con una amabilidad tan falsa que ni siquiera Marta, en sus tiempos de mayor inocencia, habría podido tomar por auténtica—. ¿Algo que pueda solucionar cierta morena, quizá?

—No seas ridículo —masculló Roi, reacio a añadir nada que el hada pudiera utilizar como arma arrojada contra él.

—Niall... —suspiró Aidan a modo de advertencia.

Una advertencia inútil, por supuesto. Cuando el hada empezaba el camino de la burla, ni un batallón de asalto armado hasta los dientes podía detenerlo.

—¿Yo soy el ridículo? —rio Niall—. ¿Yo? No soy yo el que está retorciéndose en su asiento y a punto de reventar los pantalones.

—No, pero a lo mejor eres el que está a punto de que le revienten la cara, *sídhe* —amenazó Roi con un tono casi desinteresado.

Tratar de intimidarlo era tan fútil como atrapar humo entre los dedos, pero el protocolo no escrito de su amistad indicaba con claridad que él debía intentarlo y que Niall debía salirse por la tangente si no estaba enfadado, o saltar sobre él si lo estaba. Y Roi se preciaba de respetar los protocolos.

—Si eso va a hacer que te sientas mejor, puedes intentarlo —aceptó Niall, sonriente—. A lo mejor con eso arreglamos algo. A mí siempre me ponen cachondo las peleas.

—Niall... —terció Aidan de nuevo.

—¿A ti no, *deartháir*? —inquirió, dirigiéndose hacia el druida—. Creo recordar que sí. De hecho...

—Basta, *sídhe* —lo frenó Aidan en tono autoritario—. Ya lo hemos hablado. No puedes meterte. Es algo que tienen que resolver ellos.

—Pero si les dejamos a ellos no lo resolverán jamás —protestó el hada—. Está claro que ella quiere irse a la cama con él, tríadas de por medio o no. Y él... —Señaló hacia Roi con un amplio gesto—. Míralo... Tiene tantas ganas de meterse entre sus piernas que apenas razona. Y puede funcionar, lo sabes —añadió, como si se le hubiera ocurrido en el último momento.

—Sí, claro que puede funcionar —reconoció Aidan—. Pero también puede funcionar el ritual.

—O podemos no encontrar nada porque el hechizo que oculta al pueblo está más allá de tus poderes —refutó Niall.

Roi, por su parte, era incapaz de pronunciar palabra. En cualquier otro momento habría apoyado los planes del druida por encima de las ideas alocadas de Niall, pero en ese instante las palabras de aquiescencia se habían estrangulado en su garganta, porque sabía muy bien que si abría la boca, como un colegial estúpido, lo que saldría de ella sería algo tipo «¿Tríadas de por medio o no?». Y era absurdo, porque sabía desde hacía mucho tiempo que Laura no lo apreciaba lo más mínimo. Es más, no podía soportarlo desde que se había enfrentado a ella, echándole en cara su falta de empatía y, sí, de inteligencia, por mucho que, incluso entonces, supiera que era una mujer muy, muy lista.

Nunca había sido capaz de medir sus palabras cuando se enfadaba, por eso trataba de hacerlo lo menos posible.

Pensar en la frialdad de la chica echó un jarro de agua fría sobre los libidinosos senderos de su mente y lo ayudó a centrarse en la conversación.

—Sé que es peligroso —estaba diciendo Aidan—. Pero si funciona, sabremos dónde está atado el poder de la traidora y podremos acabar con todo esto.

—¿Peligroso? —ironizó Niall—. *Anamchara*, peligroso es convencer a una mujer de que la pelirroja que está en tu cama ha venido para ayudarte con una contractura. Esto no es peligroso, es un suicidio.

—Y si esta criatura —intervino por fin Roi, señalando al hada, que aceptó el apelativo con la sonrisa habitual— cree que es un suicidio, no alcanzo a imaginar cómo podríamos definirlo los que tenemos un mínimo de sensatez, O'Cleary.

—¿Cuándo os habéis vuelto tan cobardes? —rezongó Aidan de mal humor—. Hemos tenido contacto con los *mouros* mil veces. Esta no tiene por qué ser diferente.

—No, si no fuera porque esta vez intentarás manipularlos —replicó Niall—. Y ya sabes lo bien que les sienta.

—Insisto: ¿cuándo te has vuelto tan cobarde? —lo provocó el druida.

—No sé —exclamó Niall con evidente sarcasmo—. Déjame que piense... ¿Cuando supe que mi mujer estaba embarazada?

Roi consideró el plan, del que apenas había llegado a captar nada más que la palabra «*mouros*», y tomó una rápida decisión.

—Yo estoy de acuerdo. ¿Cuándo lo hacemos?

4

«Uno, dos, tres, cinco, siete, once, trece, diecisiete...».

Los números primos se sucedían en la cabeza de Laura con lentitud exasperante, sin el efecto calmante que esa sucesión solía tener en su ánimo.

«Diecinueve, veintitrés, veintinueve, treinta y uno...».

No, no funcionaba. Por mucho que intentara concentrarse en la secuencia, las voces entre burlonas e irónicas de sus amigas, desgranando posibles escenarios, a cada cual más absurdo, seguían colándose en su consciencia. Era de lo más irritante, y ella aborrecía sentirse irritada y nerviosa. Por norma general, conseguía mantener la calma tras abstraerse unos instantes de las conversaciones que la rodeaban, pero, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, en esa ocasión su cerebro parecía estar traicionándola, más interesado en extraer algún dato sobre Roi y lo que podía pensar de ella que en tratar de serenarse y razonar con coherencia.

Al fin y al cabo, ¿qué más le daba la opinión que ese hombre tan exasperante tuviera sobre ella? Con que se diera cuenta de la brillantez de su plan y accediera a practicar sexo con ella, sería suficiente. Tampoco tendría por qué ser un sexo maravilloso, ni hacía falta que se esmerara en seducirla. Era un medio para alcanzar un fin, y no entendía cómo podía estar tan ciego como para no darse cuenta de ello.

Sin embargo, aunque Laura no tenía ningún reparo en mentir si lo consideraba necesario, jamás había sido capaz de mentirse a sí misma, así que no tuvo más remedio que atender a esa vocecita incómoda en el fondo de su mente, que le susurraba una y otra vez, con tono ronco y sensual, que el sexo con un ejemplar masculino tan bien formado como Roi podía tener sus compensaciones. Que podría, incluso, ser más que satisfactorio.

—Y eso es lo que más me fastidia.

Sus amigas detuvieron su diálogo para volverse a mirarla sin el más mínimo rastro de asombro, aguardando. Estaban acostumbradas a que cuando Laura llegaba al punto final de sus debates mentales, exponía la conclusión en voz alta y esperaba que los demás comprendieran todo el proceso que la había llevado hasta ahí.

—Creo que me faltan unas cuantas frases para entender qué te fastidia, Laura —dijo Diana con aire hastiado.

—En realidad, no —intervino Marta con una risilla traviesa—. Lo que le fastidia es que a ella le parece que Roi está para comérselo, pero él pasa mucho de ella.

—Eso no es... —empezó Laura, pero, al darse cuenta de que esa frase se aproximaba bastante a la realidad, cerró la boca al instante.

—¿Es eso? —rio Diana—. Bueno, yo no diría que «pasa». No exactamente, vamos.

—Es justo lo que ha dicho —la contradujo Laura—. Cuando le propuse que lleváramos a cabo el ritual, se ofendió, como si no me encontrara atractiva en absoluto.

—Nena, no has entendido nada —sonrió Diana con una expresión afectuosa que, lejos de tranquilizarla, como era su evidente intención, la desquició aún más.

Su rostro debió de mostrar parte de esa irritación, porque sus amigas se miraron entre ellas y sonrieron, al parecer encantadas de la vida porque, por una vez, era ella la que no comprendía una situación.

—Laura, no es lo que le propusiste, sino cómo se lo propusiste —suspiró Marta—. Si en lugar de presentarlo como una visita al dentista, le hubieras dicho que te sentías atraída por él...

—Pero es que no me siento atraída por él —replicó Laura al instante.

—Demasiado rápido, bonita —se burló Diana—. No puedes darte tanta prisa a la hora de contestar si intentas engañar a alguien. Se nota mucho.

—¿Qué quieres decir con eso? No intento engañar a nadie. Yo...

—A ti se te caen las bragas con él —interrumpió Diana, para evidente regocijo de Marta.

—Por favor...

—Al suelo. Con gran estrépito —apostilló Marta.

—No seáis ridículas. Se trata nada más que de encontrar una salida a nuestro problema —argumentó, recuperando la dignidad gracias, en parte, al enfado que tanto se esforzaba en dominar—. A «su» problema, porque es más suyo que de nadie.

—Sí, claro. Pero Aidan ya tiene una posible solución, y a nadie le amarga un dulce, ¿verdad? —sonrió Diana, con ese tonito suyo, tan amable que sonaba como una burla letal.

—Pero el propio Aidan ha reconocido que no hay garantías. Puede salir bien, como puede salir fatal. —Miró hacia Marta, convencida de poseer el argumento definitivo—. Y a Niall no le gusta nada la idea. Dice que hacer tratos con los... —Se detuvo para buscar el nombre entre sus ordenados ficheros mentales—... Con los *mouros* puede traer problemas.

Para su sorpresa, lejos de estar de acuerdo con ella, su amiga se echó a reír, con una carcajada cargada de ironía en estado puro a la que Diana no tardó en sumarse. Enojada, Laura lanzó a su cerebro a analizar lo que había dicho y todos los datos de los que disponía sobre el tema para intentar imaginar a qué venían esas risas burlonas.

No había llegado todavía a ninguna conclusión satisfactoria cuando Diana dejó de reírse y la estudió unos instantes. Su expresión mezclaba a partes iguales el sarcasmo y una suerte de comprensión condescendiente que irritó a Laura mucho más de lo que se sentía capaz de controlar.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia? —espetó de malos modos.

—Venga ya, Laura, en serio, ¿desde cuando le han importado los problemas a Niall? —preguntó Diana.

—Vive por y para ellos —afirmó Marta.

—Pero estás embarazada —intentó razonar Laura—. Hasta donde yo sé, le preocupa que...

—No le preocupa nada —sentenció Marta, acariciándose el vientre con un gesto inconsciente—. Solo tiene su propia agenda y el ritual de Aidan no entra en sus planes.

Laura reprimió un gruñido. Debería haberse dado cuenta de que el hada trataba de manipularla. Al fin y al cabo, era su naturaleza e intentaba siempre que todos bailaran al son que tocaban sus caprichos. Y no le quedaba más remedio que reconocer que era muy hábil en ello. Estudiando la charla que había mantenido con él, y analizándola a la luz de los nuevos datos —datos que ya poseía, pero que había ignorado—, se daba cuenta de que él había manejado el diálogo para apelar a sus emociones humanas, a los sentimientos de protección que cualquiera tendría por su familia o su descendencia.

Habría tenido que imaginar en su momento que esos sentimientos no encajaban con la personalidad de Niall. Adoraba a Marta y a ese niño no nacido con una devoción que incluso ella podía percibir, pero carecía de la sensatez necesaria para sentir temor. Era demasiado arrogante, confiaba demasiado en sus dones y en los de su compañera como para sentirse acobardado por un posible peligro. Más bien al contrario, él siempre consideraba las situaciones difíciles como una oportunidad, más que como un obstáculo.

¿Cómo podía haber sido tan idiota?

No tuvo que meditarlo demasiado. Había sido así de idiota, porque Niall le había dicho, ni más ni menos, lo que quería escuchar. Se había mostrado de acuerdo con su plan y lo había aceptado con los brazos abiertos, ofreciéndole argumentos para reforzar su convicción.

—Pero ¿qué diablos gana él con todo esto? —dijo en voz alta.

—Divertirse —sonrió Marta.

—Complicarle la existencia a todo Cristo —matizó Diana. Laura la miró aguardando más datos, incapaz de comprenderlo. Su amiga suspiró—. A ver, Laura, es Niall —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Le pareció muy gracioso que quisieras acostarte con Roi para encajar una nueva tríada en el esquema —aclaró Marta, encogiéndose de hombros.

—Pero Aidan también lo encontró razonable —intentó argumentar Laura.

—Bueno, es que es razonable —concedió Marta—. El problema es, Laura, que lo razonable no siempre es lo mejor para todo el mundo.

—Pues debería serlo.

—¡Ó *carallo*, Laura! —exclamó Diana—. La que no está razonando ahora mismo eres tú. —Al ver que ella se disponía a contestar, su amiga alzó una mano para detener el torrente de palabras que se preparaba para escapar de sus labios—. No, no me digas que siempre razones, por favor. No lo estás haciendo. A ver cómo te lo explico... —Se pasó la mano por los rizos color fuego con aire exasperado—. Si te hubieras insinuado a Roi sin decirle nada, sin explicarle el porqué, imagino que ahora mismo lo tendrías a tus pies. Pero tal y como se lo has expuesto, parece que vas a hacer un sacrificio heroico para salvarnos, y eso es un palo para su ego, ¿entiendes?

—Exacto —aprobó Marta—. Es como si te diera igual acostarte con él que con cualquier otro.

—Bueno, es que me da igual —replicó Laura—. Es un medio para alcanzar un fin, y...

Sus amigas la interrumpieron con sendos resoplidos, a mitad de camino entre la indignación y la exasperación.

—¡No puedes decirle eso a un tío! —protestó Diana—. Es como si lo estuvieras usando de vibrador, Laura, joder.

—Es evidente que mi objetivo al usar un vibrador sería muy diferente del que tengo en mente al mantener una relación sexual con Roi —la contradijo Laura con su tono más digno—. No busco satisfacción física, sino la solución a un problema.

Diana la miró, atónita, y volvió a resoplar de forma airada. Marta, en cambio, se limitó a contemplarla con los ojos entrecerrados y una sonrisita maliciosa.

—Ya. Pero las tres sabemos que eso no es cierto, ¿no es así? —dijo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Sí, sí lo sabes —la provocó la peluquera, sin abandonar ese tonillo entre maligno y burlón.

—Hasta tú tienes que darte cuenta de que Roi está para comérselo empujando con los dedos —se unió Diana con idéntica malicia.

—Claro que se ha dado cuenta. Tendría que estar ciega —añadió su otra amiga.

—La primera vez que lo vi en la tienda de Encarna, casi me da algo —sonrió Diana, ignorándola y centrándose en Marta.

—Y yo cuando lo vi en la puerta de casa. Bueno, los tres están muy bien, pero Roi tiene algo... —vaciló, como si no encontrara las palabras—. Algo —concluyó.

—¿Algo? —rio Diana—. Lo tiene todo, nena. Y muy bien puesto, además. ¿Te has fijado en sus manos?

—¡Sí! —exclamó Marta, palmoteando entusiasmada—. Esos dedos tan largos, tan elegantes... Si todo está proporcionado... —añadió con picardía—. ¿Y cómo se mueve? ¿Te has fijado en cómo se mueve?

—Como un felino. Peligroso y seguro de sí mismo.

—Es muy *sexy*.

—Un auténtico «empotrador» —asintió Diana con aire solemne.

—De la cabeza a los pies —remató Marta.

Laura tuvo que hacer un gran esfuerzo para no participar en la conversación. Sus amigas estaban usando el método habitual cuando querían hacer hablar a una de ellas, y no estaba dispuesta a dejarse atraer por una táctica tan manida y de la que había formado parte mil veces en el pasado, por muy tentadora que le resultara la idea.

Sin embargo, por mucho que se empeñara en prestar oídos sordos a su intercambio, este estaba empezando a hacer mella en sus defensas, obligándola a contemplar la situación que ellas presentaban, a analizarla bajo los dictados de su lógica implacable.

¿Se habría planteado esa solución si Roi fuera menos atractivo? Quería pensar que sí, pero no podía saberlo con seguridad, aunque eso no debería ser una variable en el esquema general. Al fin y al cabo, la realidad era la que era y no podía cambiarse. Roi no iba a volverse feo por la pura fuerza de su voluntad, como no iba a convertirse ella en una mujer irracional y entregada a los dictados de su instinto.

Lo único que debería preocuparla era que tenía una posible solución, y el elemento imprescindible para alcanzarla no se mostraba dispuesto a cooperar. Era un nuevo obstáculo en su camino y debía concentrarse en resolverlo, en lugar de en ponerle peros al remedio que ya había clasificado como satisfactorio.

—Es decir —empezó, poniendo en marcha sus nuevos planes—, que si convengo a Roi de que lo encuentro aceptable como compañero sexual, se prestará a resolver todo este asunto, ¿no? Pues estoy dispuesta a escuchar vuestras sugerencias.

La sonrisa depredadora de sus amigas le provocó un escalofrío de incomodidad, pero decidió ignorarlo y escuchar sus propuestas. Al fin y al cabo, a ellas se les daba mucho mejor tratar con lo irracional.

5

Roi estaba huyendo y lo sabía. Él, que se enorgullecía de no haberle dado jamás la espalda a una pelea, había abandonado el frente sin siquiera presentar batalla, perseguido por las miradas burlonas de sus amigos y las especulativas de las chicas, que lo habían hecho sentirse como un carísimo traje de diseño en el escaparate más cotizado de la milla de oro de una gran ciudad.

Incapaz de soportar por más tiempo los susurros y lo que sabía que, de forma inevitable, iba a ser una cena repleta de indirectas, agudezas más o menos provocadoras y risitas ahogadas dignas de una fiesta de pijamas, había expresado una excusa absurda y había escapado a toda velocidad, decidido a perderse entre las sombras de la noche y a alejarse del ambiente de instituto de secundaria que parecía acrecentarse a cada instante.

Con un poco de suerte, al verse libres de su presencia, se dedicarían a trazar un plan que pudiera ser de auténtica utilidad, y no a alimentar las absurdas teorías de Laura y esa mente suya, demasiado lógica para su propio bien.

Aunque no tenía demasiadas esperanzas al respecto.

El aire fresco de la noche lo recibió con una caricia suave, atrayéndolo hacia el denso bosque, tentándolo para que se perdiera entre sus sombras. Caminó de forma inconsciente, siguiendo la llamada susurrada del viento entre las ramas, de la magia de la tierra húmeda, del peligro que acechaba expectante más allá de las protecciones que rodeaban el terreno del pazo.

No debía alejarse y, sin embargo, la tentación era demasiado fuerte para resistirla.

Supo el instante exacto en el que llegó a la sutil frontera que delimitaba el territorio más allá de la protección de Danu y se obligó a detenerse, a pensarlo dos veces antes de poner a prueba la magia de O'Cleary. Confiaba en el druida, sí, pero confiaba todavía más en la inmensa capacidad de los dioses para amargarle la existencia. Le habían dado sobradas pruebas de ella a lo largo de los años.

Y sin embargo...

Quería escapar de sus amigos y sus charlas de adolescentes con demasiadas hormonas, pero la compulsión que lo empujaba hacia el bosque era demasiado fuerte para tratarse solo de eso. Latía en su interior inundando sus venas, apretando su estómago en un nudo tenso, cantando a su instinto como una sirena con la voz aguda como la nota más alta de un buen violín.

Y Roi había vivido demasiado, y se conocía demasiado a sí mismo, como para no tener muy claras las consecuencias de ignorar su instinto.

Dio un paso.

Y otro más.

Atravesó la sutil demarcación que trazaba el terreno custodiado por la Diosa y aguardó, expectante y alerta. Sin embargo, las protecciones que llevaba tatuadas en su piel, las que siempre daban la voz de alarma, incluso antes que sus bien desarrollados sentidos, permanecieron en silencio.

La idea de que ahora Laura también llevaba unos tatuajes gemelos en sus muñecas, idénticos a los que adornaban su espalda, cruzó por su mente, pero la apartó con decisión. Había salido para alejarse de ella y de sus amigos, y no tenía intención de permitirle al traidor de su cerebro —o a la traidora de su libido— que lo distrajera.

Dio un par de pasos más, adentrándose en la espesura, y continuó andando con todos los sentidos alerta mientras encerraba en lo más profundo de sus bóvedas mentales toda la

absurda situación con la chica y el mal humor que le había provocado. Y si encontraba algo con lo que distraerse todavía más a fuerza de adrenalina y pelea, mejor que mejor.

Pero el bosque era un remanso de paz. Todas las criaturas mágicas que poblaban sus escondrijos parecían haberse tomado unas vacaciones esa noche, porque la serenidad que lo rodeaba era casi palpable. No sentía ni la más mínima tensión, ni el eco de una advertencia lejana. Nada.

Sí, todo era tranquilidad a su alrededor y, por algún motivo, eso lo hacía sentirse más inquieto que si estuviera en el centro de un pandemio de seres decididos a devorarle las entrañas, porque no era normal. Nada normal. ¿Un bosque en tierras gallegas, poco después de una de las fechas de poder, y sumido en un hechizo conjurado por los dioses en total y absoluta calma? ¿En qué universo alternativo? En cualquier momento, la vida oculta del bosque, por muy insignificante y débil que fuera, habría dejado su rastro. Pequeños trasnos, diminutas ninfas, la magia de las flores, la vida que fluía a través de ciertas raíces...

Pero no había nada.

Solo el murmullo del aire entre las ramas, el crujido de sus suelas sobre las hojas, el rumor de la vida animal... Pero ni el más mínimo asomo de magia.

—Pero ¿qué demonios...? —murmuró, confuso.

Se detuvo y miró a su alrededor. Una lechuza alzó el vuelo, agitando las hojas del árbol en el que estaba posada; un pequeño roedor se escabulló entre unos tojos; una hilera de atareadas hormigas trepaba el tronco de un árbol como un ejército bien entrenado. La luz de la luna se filtraba entre las hojas, iluminando apenas su entorno, envolviéndolo con su frío resplandor.

Una noche cualquiera en un bosque cualquiera, que, en ese bosque en particular, parecía el peor de los presagios.

Por un momento se planteó dar la vuelta y avisar a sus amigos, pero ¿qué iba a decirles? ¿«En el bosque no pasa nada y eso me preocupa»? ¿«Tenéis que acompañarme porque está todo muy tranquilo»? Sí, podía imaginarse lo bien que iba a funcionar eso.

Sacudió la cabeza para alejar el torrente de burlas que estaba imaginando y, con un hondo suspiro, reanudó su camino a través de la espesura, dejándose guiar por el instinto, sin plantearse ninguna dirección en concreto ni permitir que la lógica guiara sus pasos. Cuando quiso darse cuenta, su deambular lo había dirigido hasta el borde del pequeño acantilado que llevaba a una de muchas calas que salpicaban la costa. Una cala que no sería diferente a las demás de no ser porque, justo allí, meses antes, tres amigas habían celebrado una pequeña fiesta que había vuelto su mundo del revés.

Al igual que en el bosque, la serenidad de la cala era casi un ente físico que podía palparse, sentirse contra la piel como una caricia. El agua se deslizaba, pacífica, adentrándose y retirándose de la playa con un ritmo suave, sensual, dejando a su paso un encaje blanco de espuma que apenas era una fina cenefa. El mar mostraba su cara más amable, lejos del bravo rugido que lo acompañaba en sus días airados; seductor, coqueteaba con la arena, jugueteaba con las rocas y penetraba en la tierra con el erótico murmullo de un amante.

Incluso la bruma parecía estática, atenta, como si quisiera contemplar la voluptuosa danza de la tierra y el agua sin interrumpirlos, como...

«Un momento... La bruma».

Esa bruma no era normal.

Podía aceptar la calma del mar en los albores de la primavera, pero ¿una bruma estancada, inmóvil? ¿Una bruma que más parecía un manto?

Ahí había algo que no encajaba, y Roi aborrecía que un dato no cuadrara en el conjunto. Contemplar esa neblina era como ver una pieza colada de contrabando en la caja de un rompecabezas, como desmontar un mecanismo y que, al volver a montarlo, sobraran tornillos.

La tensión que había ido acumulando en el bosque alcanzó el punto de no retorno, corrió por sus venas y anudó sus entrañas en una apretada red de nervios. Aguzó la vista y el oído, olfateó el aire y probó su sabor a sal y a mar... Y sintió en su piel la caricia de la magia *fae*.

No fue como otras ocasiones. Al percibir la magia no sintió como si un río se hubiera desbordado, inundando sus sentidos. Fue un lento goteo, un fragmento de información aquí y allá, un boceto apenas detallado, un murmullo lejano de voces casi incomprensibles.

—... *has fallado.*

—... *quedan decisiones, quedan opciones.*

—*Él no estará satisfecho, no...*

—*Podemos hacerlo.*

—... *demasiado poder.*

—*Ella no debe recordar, no puede volver.*

—... *conjuro...*

—... *odio...*

—... *fuego...*

Por mucho que se esforzó en escuchar, no fue capaz de percibir más que palabras sueltas, voces distorsionadas que no conformaban un todo coherente al que dar sentido. Y, sin embargo, todo su cuerpo respondía a ese susurro como si de un ataque se tratara, como si cada frase atentara contra su espíritu, cargada de maldad, repleta de odio.

Se concentró con todo su ser, pero fue inútil. El conjuro era demasiado fuerte; sus escasos poderes, muy débiles.

Necesitaba ayuda.

A regañadientes, se apartó unos metros de la cala y sacó el teléfono móvil. O'Cleary respondió al segundo timbrado. Podía imaginárselo sin mucho esfuerzo mirando la pantalla, esbozando una irónica sonrisa al ver su nombre reflejado en ella y mostrándosela a sus amigos con expresión burlona. Pero él no tenía tiempo para bromas.

—Roi —canturreó el druida, burlón—. Nos estábamos preguntando qué...

—Venid a la cala. Ahora —ordenó en un apresurado susurro.

No hacía falta decir qué cala. Su tono, que O'Cleary captó al instante, no dejaba lugar a dudas.

—¿Estás en problemas? —quiso saber, con una seriedad no exenta de preocupación—. ¿Qué haces en...?

—Ahora —repitió Roi antes de colgar.

No sabía si el conjuro funcionaba en los dos sentidos, si la niebla que le impedía escuchar con claridad a quienes hablaban en la playa lo protegería a él de ser oído, y no podía arriesgarse. Necesitaba a alguien capaz de atravesar esa ocultación mágica y lo necesitaba cuanto antes.

Guardó el teléfono y esperó a que llegaran los refuerzos, sin poder resistirse a intentar descifrar los murmullos que el aire traía hasta él, aun sabiendo que era inútil. Apenas captaba una palabra suelta aquí y allá, un tono airado, uno de disculpa...

Solo tenía clara una cosa: aquello era importante. No sabía por qué, no sabía cómo, pero cada fibra de su ser lo impelía a acercarse, a averiguar más, a tratar de comprender lo que ocurría en esa cala oculta por la magia feérica.

Se mantuvo quieto, esperando con más nerviosismo a cada minuto que pasaba, más furioso con cada palabra que no era capaz de descifrar. Transcurridos unos instantes que se le antojaron horas, aunque era muy consciente de que no había sido así, volvió a sacar el teléfono y tecleó un apresurado mensaje.

«¿Dónde diablos estás?».

—Detrás de ti, imbécil —respondió risueña la voz de Niall.

Roi se volvió a toda velocidad, tratando de no demostrar su sobresalto. ¿Cómo habían podido acercarse sin que él los hubiera percibido? Si en algo no se molestaban jamás esos dos insensatos, era en ser discretos. Cada vez que se adentraban en el bosque, hacían el mismo ruido que debieron de causar los elefantes de Aníbal rumbo a las puertas de Roma.

—Te dije que no nos oíría —comentó O’Cleary con aire distraído, aproximándose al borde del pequeño acantilado que rodeaba la cala.

Roi miró hacia ambos, buscando una explicación. Niall sonrió, se encogió de hombros y le hizo un gesto para que lo acompañara junto al druida.

—A alguien se le ha ido la mano usando el poder del bosque para crear una ilusión —aclaró.

Aunque, en realidad, a Roi no le aclaraba nada. A pesar de llevar el equivalente a cientos de vidas humanas conviviendo con esos dos y con su magia, los aspectos prácticos a menudo se escapaban de su cerebro como si fueran humo. Los senderos de su mente eran demasiado lógicos para tratar con lo arcano, y lo que para los nacidos al Otro Lado resultaba obvio, para él era incomprendible y absurdo.

—¿Oís cómo...? —empezó, forzándose a no pedir más datos que, en realidad, no iban a servirle de nada.

O’Cleary lo hizo callar con un brusco siseo.

—Hay demasiadas capas en ese conjuro —murmuró para sí, concentrado en lo que ocurría en la cala—. No sé si podré deshacerlo a tiempo.

Poco después, cerró los ojos y comenzó un cántico apenas susurrado bajo la atenta mirada de Niall.

—Está levantando la primera capa —explicó este—. Pero no vamos a llegar a tiempo. Suena como si la conversación estuviera terminando.

—¿Puedes oírlos? —inquirió Roi. A él apenas le llegaba un murmullo y ya no podía captar ni las palabras y frases sueltas que había escuchado minutos antes.

—Muy poco —reconoció el hada—. Solo el tono. Es una discusión. —Inclinó la cabeza hacia un lado, como si con ese gesto pudiera seguir mejor el debate, y frunció el ceño en un gesto de profunda concentración—. Nada claro. Pero Aidan ya casi lo tiene.

El cántico del druida subió de volumen, se aceleró y culminó con una nota brusca. Las palabras que el aire trajo consigo desde la playa resonaron en sus bien afinados oídos, cargadas de odio y determinación.

—... *no pueden descubrirlo. Las chicas deben morir.*

A la ácida maldición de Niall se sumó la del propio Roi, mucho más furiosa. Una cosa era saber que corrían un grave peligro en ese pueblo y otra muy distinta, escuchar con todas las letras que había alguien —o algo— planeando la muerte de las chicas. El miedo se entrelazó con la rabia en su interior, y cada músculo de su cuerpo empezó a temblar y vibrar, buscando liberar esa rabia cegadora, tratando de despertar al monstruo en su interior.

—Tranquilo, *a’chara* —se apresuró a calmarlo el hada, aunque su voz, casi siempre alegre, sonaba distorsionada por el modo en que apretaba las mandíbulas, conteniendo su propia ira—. Tenemos que saber quiénes son. Aún quedan más capas en ese conjuro.

—Sí, pero no va a dar tiempo —masculló O’Cleary, volviéndose hacia ellos—. Están a punto de irse y esto se va a convertir en un infierno cuando liberen todo el poder que estaban reteniendo.

—¿Qué quieres decir...? —empezó Roi.

No tuvo tiempo de terminar la frase. Apenas estaba pronunciándola cuando la respuesta le llegó desde la playa con el equivalente mágico de una bola de demolición que arrasaba todo a su paso. La energía los sacudió a los tres, zarandeándolos como hojas arrastradas por la tormenta, y el bosque a su alrededor dejó escapar miles de quejidos entrelazados en un rugido ensordecedor. La magia contenida se liberó con una explosión de poder puro,

despertando hasta a la última criatura que habitaba entre sus lindes, y, de pronto, fue como si cientos de ojos miraran en su dirección.

—¡Joder! —bramó Aidan—. ¡Al pazo, rápido!

El instinto adquirido a lo largo de miles de años, cientos de luchas y decenas de retiradas para llegar vivo al siguiente amanecer y seguir batallando puso en marcha sus piernas casi antes de que su cerebro pudiera procesar la orden del druida.

Corrió como si sus pies tuvieran alas, sin detenerse ni mirar atrás; corrió como si fuera la proverbial alma perseguida por el diablo, aunque el mítico demonio cristiano parecería un bebé inocente junto a alguna de las criaturas que, de seguro, los habían fijado en su punto de mira; corrió por su vida, manteniendo a la bestia atada en su interior, con los tatuajes de protección ardiendo en sus hombros a medida que los conjuros que guardaban se consumían.

Sus amigos mantenían el ritmo y, al igual que él, ni se molestaban en volverse para comprobar quién o qué los perseguía. Habían escapado demasiadas veces como para cometer ese error de principiante. Huían por su vida, y los tres sabían que cuando eso ocurría jamás debían mirar atrás. Ya se enterarían de lo cerca que estaba lo que iba detrás de ellos cuando los alcanzara, si es que los alcanzaba. Mientras tanto, podrían sortear todos los estorbos que aparecían en su camino y poner tierra de por medio con mucha más facilidad.

Además, a juzgar por los sonidos que llegaban desde el bosque, aproximándose a gran velocidad, Roi estaba convencido de que era muchísimo mejor no mirar. Si en algún momento había pensado que podía comprobar si era cierta la frase «quedarse paralizado de horror», el momento tenía que ser ese. No veía lo que venía tras él, pero sonaba como si se hubieran abierto las puertas del infierno. De diez o doce infiernos.

Así que siguió corriendo, con O'Clery y el hada pegados a sus talones, ganando metros y más metros a través del bosque, esquivando ramas, ignorando los golpes de las que no podían apartar de su camino y saltando un obstáculo tras otro. Cruzaron los jardines del pazo a la velocidad de una bala. Y, sin detener su carrera, arrastraron al interior a las chicas, que los estaban aguardando en la puerta.

Solo una vez que estuvieron a salvo tras los muros protegidos de la casa, se permitieron detenerse y descansar. Roi se dobló sobre sí mismo y apoyó las manos en las rodillas, buscando el aliento que había perdido durante la carrera. Aidan fue a sentarse, jadeante, en las escaleras, y el hada se dejó caer cuan largo era en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos y resoplando como una locomotora vieja y renqueante.

Tras recuperarse de la sorpresa, las chicas comenzaron a lanzar una pregunta tras otra, atropellando las palabras en sus ansias por conseguir respuestas. Respuestas que ellos todavía no podían darles porque apenas les quedaba aire en los pulmones para respirar, así que lo de hablar ya no les parecía ni remotamente factible.

Todavía estaba concentrado en recordar cómo se inspiraba de forma normal y en ignorar las preguntas cada vez más inquietas y molestas de las tres mujeres, cuando escuchó un sonido apagado que provenía del hada. Por un instante pensó que era una tos, pero al volverse para mirarlo no tardó en darse cuenta de que estaba riéndose. Sacudió la cabeza, reacio a dejarse arrastrar por el humor enloquecido de Niall, pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Aidan, y este comenzó a reírse entre dientes, no pudo resistirse por más tiempo.

Segundos más tarde, los tres estallaban en carcajadas, no sabía muy bien si de celebración o de alivio, que se prolongaron largo rato ante la estupefacta mirada de las chicas.

6

Laura miró la escena que componían los tres hombres riendo a carcajadas frente a ellas sin ningún motivo aparente, considerando la posibilidad de que hubieran perdido la poca cordura que les quedaba de forma definitiva, o que sufrieran un síndrome de estrés postraumático muy peculiar. Tras la llamada de Roi habían salido corriendo sin apenas dar explicaciones y, tiempo después, habían vuelto también corriendo, aunque más rápido; habían cerrado la puerta como si los persiguiera el mismísimo diablo, se habían derrumbado, agotados y, de pronto, se echaban a reír como dementes.

No tenía ningún sentido, a no ser que los hubieran embrujado, o algo similar. Confusa, se volvió hacia sus amigas en busca de una respuesta, una aclaración, una pista que arrojará luz sobre esa extraña actitud, pero Diana parecía tan perdida como ella, y Marta... Bueno, Marta en los últimos tiempos tampoco estaba demasiado en sus cabales, como demostraba el que se hubiera acercado hasta Niall y ahora también estuviera riéndose con tantas ganas como los chicos.

—Pero ¿de qué os reís? —inquirió por fin, cansada de buscar la pieza que le faltaba a su rompecabezas mental.

Para su sorpresa, su pregunta solo consiguió que se rieran con más fuerza.

—Creo que se han vuelto locos —meditó Diana—. ¿Aidan? ¡Aidan! —insistió.

El druida se secó las lágrimas y la miró sonriente.

—No pasa nada, pelirroja —la serenó, aún riendo entre dientes—. Es solo que... —Soltó una risita—. ¡Menuda carrera!

—«¡Al pazol!» —rio Niall, provocando nuevas carcajadas.

—No le veo la gracia —masculló Laura, irritada—. ¿Podéis calmaros un segundo y decirnos qué ha pasado? Porque me temo que el médico no está para suministraros calmantes —ironizó tras dirigir la mirada hacia Roi.

Este sacudió la cabeza, rio unos segundos más y, por fin, se incorporó.

—Lo lamento, querida —dijo con su habitual tono engolado, aunque tras él bailaba la sombra de una sonrisa—. Me temo que es la típica y absurda reacción de alivio tras haber estado a punto de perder la vida.

—¡Perder la vida! —se espantó Diana—. ¿Qué demonios ha pasado ahí fuera, O'Cleary? —preguntó en tono autoritario, plantándose frente a Aidan.

—Lo de siempre, calabacita —respondió Niall en su lugar—. Salimos a resolver un problema y volvemos con otro más grande todavía —explicó entre risas.

—Aidan, no voy a... —empezó de nuevo su amiga.

—Tranquila, *a'chuisle* —suspiró el druida. Se puso en pie y recorrió la escasa distancia que los separaba para estrecharla entre sus brazos—. Alguien ha estado haciendo magia en la cala y, bueno, me temo que no ha medido las consecuencias. —Besó a Diana con suavidad en la coronilla y se volvió hacia sus amigos—. ¿Quién va a ver qué nos hemos traído?

—Ya voy yo —aceptó Roi. Se recolocó la levita y miró por encima de su hombro hacia la ventana del recibidor—. Aunque imagino que la respuesta será «todo», teniendo en cuenta lo que arden los malditos tatuajes —murmuró, dirigiéndose ya hacia el ventanal.

Apartó la cortina, miró al exterior y dejó escapar una burda maldición en voz baja antes de dejarla caer de nuevo. Aunque era irracional, Laura no pudo evitar un estremecimiento al ver al siempre correcto Roi maldiciendo como un estibador portuario. Sin pensar en lo que hacía, se aproximó a él.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Él se volvió con un brillo extraño en la mirada que Laura no supo muy bien si interpretar como furioso, resignado o despectivo.

—Creo que en este momento sería más preciso preguntar qué no ocurre. — Ignorándola, dirigió su vista hacia los chicos, por encima de su hombro—. ¿Cómo resumirlo? —meditó—. Sí, ya sé, por citar una de tus frases favoritas, O’Cleary, estamos jodidos.

Haciendo caso omiso de las preguntas que lanzaban Diana y Marta, Aidan y Niall se reunieron con ellos, con los rostros tan serios que, por un instante, Laura llegó a pensar que había imaginado las carcajadas que los habían sacudido momentos antes.

—¿Tan malo es? —quiso saber Niall. A pesar de lo inquietante de la pregunta, su tono era tranquilo, como si solo estuviera interesándose por el tiempo o la hora a la que se iba a servir la cena.

—Míralo tú mismo —concedió Roi, cediéndole su sitio ante el ventanal.

Druida y hada se situaron frente a ella, impidiéndole la visión. Aunque Laura quiso atisbar sobre sus hombros, ambos eran demasiado altos como para permitirse. Tras unos segundos, se apartaron, se miraron el uno al otro y se volvieron hacia ellas.

—Es mejor que vayamos arriba —declaró Aidan en un tono que ni con la mejor de las intenciones podía considerarse una sugerencia.

Diana frunció el ceño y se plantó delante de él con los brazos en jarras, en su mejor actitud desafiante. En el rostro del druida apareció la sombra de una sonrisa que se apresuró a disimular.

—O’Cleary, no pienso moverme de aquí hasta que me digas qué...

—Te lo explicaré arriba —replicó Aidan con decisión.

Antes de darle tiempo a Diana a replicar, la tomó por los hombros y la dirigió escaleras arriba. Niall no tardó en ir tras él, acompañado por Marta, sin volverse siquiera a mirar atrás.

Laura se debatía entre seguirlos y mirar por la ventana para ver de primera mano lo que a ellos, con las habituales interrupciones, les llevaría mucho más tiempo aclarar. La lógica le decía que mirar era muchísimo más práctico, además de más preciso, pero un miedo absurdo e irracional la mantenía anclada a su sitio. Cada vez que sus ojos se deslizaban hacia la cortina ahora cerrada, su cuerpo se estremecía sin que su mente consciente se molestara en tomar cartas en el asunto, y por mucho que lo analizara, no le encontraba sentido. Sí, Roi había dicho —tanto con sus palabras como con su actitud— que lo que había al otro lado era algo muy malo, pero ¿cuánto peor podía ser que lo que ya habían visto o sufrido? Ella misma había estado a punto de morir, y no podía imaginar nada peor que eso, así que ¿a qué venía ese miedo ridículo?

Irritada con su falta de sentido común, inspiró hondo y recorrió la escasa distancia que la separaba de la ventana. Roi aguardaba ahí, en actitud paciente, como si se esperara esa reacción por su parte. Cuando llegó junto a él, esbozó una sonrisa amarga.

—Es mejor que confíes en tu instinto y no en esa sensata cabecita tuya, querida — advirtió.

—Jamás me he fiado de mi instinto, así que no encuentro el motivo para empezar ahora —replicó Laura en tono seco—. Déjame ver.

Él le sostuvo la mirada con expresión inescrutable durante unos segundos eternos. Por fin, se encogió de hombros y se apartó con un gesto elegante, separando la cortina para que ella pudiera ver lo que había al otro lado.

La escena era tan terrorífica, tan extraña a sus ojos, que su cerebro tardó unos segundos en procesarla, en captarla en toda su malévola amplitud. Y cuando eso ocurrió, pulsó el botón de pánico y todos sus procesos mentales se lanzaron a la carrera para apartarla de esa visión y de sus posibles consecuencias. El caos se hizo el dueño de su bien organizado

cerebro, y Laura se sintió, por primera vez en mucho tiempo, como si no tuviera control alguno sobre sus actos.

Retrocedió, jadeando, cerrando los párpados como si, al no ver a las criaturas, el peligro fuera más lejano; su cuerpo se sacudió presa de temblores incontrolables, y su garganta se enredó en un nudo apretado que apenas la dejaba respirar, mucho menos articular una palabra coherente. De hecho, aunque sus músculos estuvieran relajados, sería incapaz de pronunciar una sola frase con sentido, porque el caos de su mente había dejado de lado asuntos tan irrelevantes como hablar o razonar.

Desde que conocía a los chicos se había enfrentado a muchas situaciones terroríficas y sin sentido: el descubrimiento de otra realidad, la existencia de criaturas mágicas —y de la propia magia—, temibles canes que casi acaban con su vida, horribles centauros que habían puesto cerco a la casa... Pero nada, nada la había preparado para lo que había al otro lado de esa ventana.

Las puertas del infierno —o quizá, tan solo, del Otro Lado de la realidad— se habían abierto de golpe y habían dejado escapar a todos los que habitaban tras ellas. La casa estaba rodeada hasta el último centímetro de seres horribles, de todos los tamaños, formas y colores, que miraban hacia el pazo como si pudieran atravesar las protecciones que lo rodeaban con la mera fuerza de su voluntad.

Y, dado lo absurdas que eran las reglas que regían el mundo mágico, probablemente podrían.

Tras sus párpados cerrados, su cerebro enloquecido se dedicó a deshacerse de la pesadilla mostrándole imágenes aterradoras, que se superponían una tras otra, como un álbum de fotos salido de las profundidades del averno. Paralizada por el pánico, vio cómo la película de su mente le enseñaba horribles seres retorcidos, de manos como garras e inmensos colmillos; hermosas mujeres que exudaban maldad pura por cada uno de sus impecables poros; centauros, jinetes sin cabeza, espíritus de todos los colores que flotaban entre las demás criaturas, gritando sin control; quimeras con cabeza de serpiente y cuerpo de mamífero, que aullaban como lobos a la luna... Decenas, cientos, miles de seres terroríficos, deformes unos, aterradores en su malévola perfección otros y, con cada detalle que percibían sus ojos, con cada nuevo horror al que tenía que hacer frente su cerebro, Laura se sentía más y más fuera de su cuerpo, del universo lógico y coherente en el que siempre se había movido, del mundo bien estructurado en el que había construido su vida.

Por muy absurdo que fuera, por mucho que se hubiera resistido pocos segundos antes a concebir algo así, solo una palabra venía a la mente de Laura para definir ese horror: Mal. Mal en estado puro. La quintaesencia del Mal que se filtraba a través de las protecciones, se aferraba a su cuerpo y penetraba en sus poros, despertando un instinto atávico que, lejos de ayudarla a enfrentar el horror, se limitaba a paralizar su cuerpo, sus procesos mentales y hasta el errático ritmo de su corazón.

Garras, dientes, filos, maldiciones. Sangre y muerte.

El sonido apenas atravesaba los cristales —o quizá las protecciones de la Diosa—, pero entre las paredes de su cráneo reverberaba como una canción de muerte y destrucción, de sangre y horror. No podía escucharlo, no en realidad, pero a su cerebro aterrorizado no le costaba lo más mínimo interpretar los gestos y traducirlos en una melodía demoníaca que helaba sus venas y se clavaba en su corazón.

Cayó de rodillas, asaltada por las imágenes, por el terror, por esos sonidos tan solo imaginados que la obligaron a taparse los oídos y gemir de puro pánico. Una parte diminuta de ella, la que todavía conservaba la cordura y la esencia de la mujer que siempre había sido, intentó alzar la cabeza y explicarle que estaba siendo irracional, que las protecciones le impedirían a esos seres llegar hasta ellos, y que los chicos encontrarían una solución; que no iba a morir ahí, que nadie los estaba atacando en realidad. No todavía.

Pero, por primera desde que tenía recuerdos, Laura no podía pensar con lógica. Sintió la humedad en sus mejillas, y supo que eran sus lágrimas; percibió el frío en su cuerpo, y supo que la sangre huía hacia sus piernas preparándola para correr. Escuchó gritos, y supo que eran sus cuerdas vocales las que los emitían.

Y se habría quedado ahí, convertida en una masa babeante de llanto y pavor, si una mano tranquilizadora no se hubiera posado sobre su hombro, devolviéndola a la realidad. Alzó la vista para encontrarse con el rostro de Roi, que la contemplaba con preocupación, e intentó dibujar una sonrisa que dijera «estoy bien». Sin embargo, algo debió de fallar en ese intento, porque él frunció el ceño en una mueca inquieta y se arrodilló frente a ella.

A la mano que ya descansaba sobre su hombro derecho se unió otra sobre el izquierdo. Sintió el calor del cuerpo de Roi, y su aliento cerca de sus labios.

—Tranquila —ordenó con voz clara y serena—. Laura, tranquila —insistió.

—Estoy tranquila —balbuceó ella, reconociendo apenas su propia voz en las sílabas entrecortadas y temblorosas que salieron de su boca.

—No, no lo estás —la contradijo Roi. Una de sus manos abandonó su hombro y acunó su rostro con suavidad—. Tienes que calmarte. No va a pasar nada. O'Clery no los dejará atravesar las protecciones de Danu, ¿lo entiendes?

—Sí, sí —respondió Laura en automático, solo porque una parte de su cerebro sabía que eso era lo que tenía que decir.

—No lo pienses —insistió él—. Laura, no pienses en ello. Concéntrate en otra cosa. Mírame —la instó en un tono autoritario imposible de resistir.

—Te estoy mirando —tartamudeó.

Pero cuando hubo pronunciado esas palabras, supo que no era cierto. Sus ojos estaban a la altura correcta, sí, pero en realidad no lo estaba «viendo». Su cerebro seguía proyectando la película de terror que la había hecho perder el contacto con la realidad segundos antes y, como en una revelación, comprendió lo que él estaba contemplando: una mujer arrodillada, con el rostro cuajado de senderos negros de rímel corrido, y los ojos vidriosos, centrados en una realidad que él no alcanzaba a percibir.

Con un esfuerzo sobrehumano se obligó a mirarlo a él, a mirarlo de verdad, a concentrarse en los lagos dorados que eran sus ojos, que en ese instante intentaban transmitirle toda la calma que habitaba en sus profundidades.

Y se serenó. Un poco. Lo suficiente como para permitirle respirar con normalidad, porque hasta ese momento, aunque no se había dado ni cuenta, estaba a punto de hiperventilar.

—¿Estás mejor? —preguntó Roi con suavidad. Ella asintió, incapaz por el momento de añadir nada más. Sin embargo, su respuesta no pareció convencerlo—. Laura, tienes que tranquilizarte —insistió—. Eres la única sensata de este patético grupo que formamos. Si tú pierdes la razón, ¿qué va a ser de nosotros?

—Lo siento —se disculpó, tratando de recuperar la compostura—. Lo siento, no sé lo que me ha pasado, yo... —Su voz era más firme, pero incluso ella podía escuchar el filo de pánico que todavía la vestía como un manto. Inspiró con fuerza y volvió a intentarlo—. Estoy bien —musitó sin convicción.

Roi la estudió con calma, valorando la veracidad de sus palabras. Sus ojos se clavaron en los de ella y, poco a poco, descendieron por los planos de su rostro hasta alcanzar sus labios, donde se detuvieron como si hubieran quedado anclados a ellos. Por un instante, Laura pensó que iba a besarla. Que por fin había comprendido la lógica de sus argumentos y se iba a rendir, o, quizá, que se rendiría sin entenderla, como si verla indefensa y fuera de control hubiera roto también sus cadenas. Expectante, suspiró y cerró los ojos. Sintió el cálido aliento de él a milímetros de su boca, y un escalofrío de anticipación incontrolable recorrió su cuerpo.

Y, de pronto, él se apartó.

Sus manos descendieron hasta sus codos y la ayudó a ponerse en pie. Laura abrió los ojos y estudió su cara, pero, para su irritación, no vio ninguna emoción en ella. Ni la ternura que la había maquillado mientras intentaba calmarla ni el deseo que percibió apenas un instante, cuando sus ojos se habían detenido en sus labios entreabiertos. Nada. Ninguna emoción, nada a lo que aferrarse, ningún hilo del que tirar para ver cumplidos sus propósitos.

Y, con la calma que estaba empezando a recuperar, le sorprendió descubrir que esa falta de emotividad le molestaba por algo más que porque su plan se retrasara de nuevo.

—Tenemos que reunirnos con los demás —expuso Roi, distante—. ¿Podrás subir las escaleras?

Por un momento, Laura valoró decirle que no, que sus piernas no la sostendrían, que necesitaba que la estrechara entre sus brazos y le diera su apoyo, pero su orgullo fue mucho más rápido que sus manipulaciones femeninas.

—Por supuesto —replicó con altivez.

La sonrisa burlona de él la hizo sentir como si pudiera leerle los pensamientos. Solo le faltaba entender si la burla iba dirigida hacia ella o hacia sí mismo.

—Las damas primero, entonces —dijo con una elegante reverencia, apuntando con la mano hacia las escaleras.

Laura clavó los ojos en él un instante, antes de volverse y seguir el camino que le señalaba. No la sorprendió demasiado encontrarse a Niall atendiendo a la escena con gesto divertido, apoyado con aire displicente en la barandilla de las escaleras. Al fin y al cabo, en esa casa siempre había alguien cotilleando pasara lo que pasara, y sus gritos, que ahora que se sentía de nuevo dueña de sí misma la avergonzaban hasta un punto difícil de soportar, tenían que haberse escuchado en toda la casa.

Cuando pasó por su lado, el hada se inclinó hacia su oído, sonriente.

—Bien hecho, cariño. Casi lo haces picar —susurró con sorna.